
ASI VIVI A PUEBLA

—Crónica General de la Conferencia—

Jesús Andrés Vela, S.J.

Las impresiones generales que uno puede tener sobre la Tercera Conferencia General del Episcopado Latinoamericano tienen que conectarse casi por necesidad con la visita del Papa Juan Pablo II. Con todo, no hacemos aquí referencia a la visita en cuanto tal, sino en cuanto se relaciona con la Conferencia de Puebla.

El discurso inaugural de la Conferencia señala el derrotero de la misma y explica muchas de sus actitudes, posiciones, enseñanzas. El discurso del Papa gira en torno al tema de la verdad, que parece ser predilecto del Papa. En su reciente Encíclica "Redemptor Hominis" el telón de fondo vuelve a ser el tema de la verdad. Sobre ese transfondo se proyecta en el discurso inaugural el que se ha comenzado a llamar "el trípode papal": Cristo, la Iglesia, el Hombre.

En Cristología el Papa examina las consabidas tesis de un Cristo político, para entrar luego a precisar que ni su acción ni su muerte estuvieron directamente comandadas por los hechos políti-

cos; afirmar eso sería dar razón a quienes acusaron a Cristo de actitudes políticas y desconocer, en cambio, la esencia misma del hecho de Cristo. En Eclesiología el Papa examina la figura de Iglesia "popular", que a veces ha querido ser contrapuesta a la Iglesia "oficial"; ello explica el énfasis del Papa en la unidad y unicidad de la Iglesia. La antropología insiste particularmente en el hecho de injusticia que caracteriza a nuestros pueblos, y ofrece el Papa prácticamente todos los elementos de una sana teología de la liberación.

La impresión que se tiene es que el discurso combina muy bien las necesarias puntualizaciones doctrinales con la apertura dialogante. Y esta tónica influirá no poco en la Conferencia de Puebla. El Papa se muestra como persona particularmente sensible a los hechos sociales, pero quiere fundamentar la acción de la Iglesia por la justicia, no en las ideologías de corte marxista o en la política, sino en la fe en Jesucristo, en la libertad con la que Cristo nos liberó.

El Papa en su visita pereció irse abriendo paulatinamente a la realidad de América Latina. Sus discursos son cada vez más personales, pareciera incluso que va rehaciendo los posibles esquemas previos cuando se da cuenta de que no responden a lo que él vive y experimenta en México. Sus discursos de Oaxaca y de Monterrey son sencillamente impresionantes por la captación de la realidad mexicana y latinoamericana, y estilísticamente comparables a lo mejor de la oratoria de Pablo VI. El discurso de Oaxaca es, en sus elementos, incluso más fuerte e incisivo que el discurso de Pablo VI a los campesinos colombianos.

Desafortunadamente los titulares y comentarios de prensa más parecieron resaltar las precisiones doctrinales del discurso de Puebla, antes que las rotundas intervenciones del Papa acerca de la injusticia, de la dignidad y de la situación del hombre. Pareciera que se trató casi diríamos que de una conspiración para deformar la imagen y talla completa de la doctrina papal. Este hecho debe, quizás, ser explicado a la luz de las hondas preocupaciones de los magnates internacionales no fuera que en Puebla ocurriera algo semejante a lo sucedido en Irán, donde el fervor de lo religioso reorientó el giro de lo político. De allí quizás el intencionado interés, por ejemplo, del Time o del New Week's o de los corrientes artículos de prensa por leer selectivamente los mensajes. La prensa colombiana, no en su totalidad, siguió más o menos este criterio selectivo o parcializante de la verdad total transmitido por los cables internacionales de conocidos controles.

Se diría que, en cierta forma, América Latina evangelizó al Papa. Vuelto a Roma, Juan Pablo II habla de América Latina y de su experiencia en México, de modo tal que a lo largo de sus discursos posteriores, puede uno ir observando la huela

profunda que en él marcó su visita a nuestro continente.

Los participantes en la Conferencia, lo sabemos, fueron cerca de ciento ochenta obispos latinoamericanos. A ellos se suman los Nuncios, los representantes de la Pontífica Comisión para América Latina, los Presidentes de Conferencias Episcopales especialmente vinculadas o implicadas en los asuntos eclesiales de Latinoamérica, los invitados, los observadores; todos estos tienen en la Conferencia voz aunque no voto. Estuvieron presentes también un centenar de personas repartidos entre aquéllos que atienden a los organismos y departamentos del Celam, expertos, teólogos, seculares, religiosos y sacerdotes que representaron al clero de América Latina. A última hora el Papa invitó ocho personas más: cuatro indígenas y cuatro campesinos que tuvieron papel importante.

Mi tarea fue la de coordinar la dinámica de trabajo de la Asamblea y ahí desarrollé mi actividad principal. Mi pertenencia y colaboración con la Comisión de Juventud fue prácticamente marginal y periférica.

El proyecto de dinámica para la Conferencia nos llevó un año entero de preparación, de discusión, de enmiendas. Para la práctica misma de la dinámica de la Asamblea estuvo presente el Padre José Marins. Este trabajo supuso en todo momento el contacto permanente con la Presidencia de la Conferencia, y con la Comisión de Empalme de la que ahora hablaremos.

La parte inicial de la Conferencia estuvo dominada por la presencia del Papa: la celebración de la Eucaristía, el almuerzo con todos, el diálogo, el discurso de instalación de la Conferencia, la despedida. El viaje entre Ciudad de México y Puebla representó para el Papa una fatiga impre-

sionante de ocho horas en automóvil descubierto, contínuas detenciones, discursos, saludos, improvisaciones. No hubo en la carretera a lo largo de los ciento treinta kilómetros un metro siquiera no cubierto por la impresionante marea humana (seis, siete millones?) venidos de todas las regiones de México y del exterior.

El segundo día marcó propiamente la largada de los trabajos de la Conferencia. Sabemos que el tema señalado fue el de la evangelización en el presente y en el futuro de América Latina, con la necesaria referencia al pasado de la evangelización misma en nuestro continente. El material reunido para las deliberaciones fue condensado en dos documentos. El primero fue el llamado "documento verde" (por el color de la portada) y que corrió en verdad la suerte que su denominación indica, pues generó toda la reflexión, la discusión, la oposición propia de un documento provisorio que alimentó el debate en comunidades de base, en grupos, en organismos eclesiales; por el aspecto de la discusión y de la preparación podría decirse que la Conferencia de Medellín no tuvo pasado y que de ella solo se conocieron conclusiones; para Puebla, en cambio, con antelación de año y medio ya se discutían a todo nivel los temas y la dinámica de Puebla. A más del documento de consulta o "documento verde", se tuvo a mano en la Conferencia el documento llamado de trabajo, elaborado con base en el anterior pero enriquecido con todos los aportes de las distintas Conferencias Episcopales del continente. El documento de trabajo no tuvo pretensiones de ser un texto para ser discutido por fuerza en la Asamblea, mucho menos para ser aprobado; su única finalidad era la de orientar la reflexión y condensar las participaciones ofrecidas. Correspondía a la Conferencia determinar el camino y el material que quería libremente imponerse para su reflexión y análisis.

En este contexto, la intervención inicial del Presidente del Consejo Episcopal Latinoamericano, Cardenal Lorscheider, fué de veras esclarecedor y señaló evidentemente el rumbo de las deliberaciones.

Los participantes en la Conferencia parecían temer la manipulación de la dinámica de trabajo y de los temas mismos que debían ser tratados. En cuanto a la dinámica, la Presidencia de la Conferencia conformada por el Cardenal Sebastián Baggio, el Cardenal Lorscheider, el Señor Arzobispo de ciudad de México, y el Secretario General del Celam, determinó que yo mismo presentara a la Asamblea el proyecto de procedimiento para que con entera libertad se pronunciara sobre él. Tras la explicación y la revisión en comisiones, la aceptación fué absolutamente unánime, con la única advertencia que la mecánica de trabajo contemplada por nosotros fuera puesta en ejecución estrictamente, y que la Comisión de Empalme, contemplada en la dinámica, fuera elegida por toda la Asamblea y no escogida por la Presidencia. La importancia de esta Comisión de Empalme era evidente: ella debía resivar la composición y funcionamiento de las comisiones de trabajo, condensar los aportes de todas, hilvanarlos dentro de un marco único o proyecto central en busca de coherencia.

La elección de esta Comisión de Empalme fue un hecho, a mi parecer, providencial. En un primer momento no se pensó en un equipo, sino en personas para conformar el equipo. Más una vez elegidos los particulares, el grupo resultó ser el mejor que se hubiera podido esperar y que la Presidencia hubiera podido designar. Brasil escogió a Monseñor Mendes de Almeida, auxiliar de Sao Paulo, exponente eximio de las altas calidades del episcopado brasileño: profundamente pastoral, participativo, impresionante por el senti-

do de la realidad, sabio en el equilibrio, con exquisita sensibilidad por los pobres. Por los países andinos (Colombia, Venezuela, Ecuador, Perú y Bolivia) fue elegido Monseñor Bambarén, obispo peruano, con particular sentido por los problemas latinoamericanos y por la líneas teológicas que han de darles respuesta. Por Centro América y México la elección recayó en Monseñor Marcos Mac Grath, arzobispo de Panamá, notable por su conocimiento de los trabajos preparatorios de la Conferencia y figura muy clave en la anterior de Medellín. Por los países del Área del Caribe fue designado Monseñor Flórez, presidente del Episcopado de República Dominicana. Por el cono sur del continente, salió elegido el representante argentino.

El siguiente paso fue la formación de veintidós comisiones, transitorias en el primer momento, encargadas de elegir los subtemas para ser tratados por la Asamblea. Una mayor libertad de decisión y de expresión es difícil que pueda tenerse en reunión alguna. La Comisión de Empalme y los encargados de la dinámica, debíamos luego unir coherentemente en un solo esquema orgánico todos los subtemas propuestos por las comisiones. El esquema propuesto, no sin fatigosa elaboración, fue otro paso adelante hacia el éxito de la Conferencia.

El esquema propuesto y por todos aceptado luego, no arranca de principios más o menos abstractos, sino que parte de la realidad que vive la Iglesia cuando evangeliza en nuestro continente; por ello se ofrece de entrada una visión pastoral de la realidad social; luego la tarea evangelizadora es referida a tiempos concretos: nuestro pasado, nuestro presente, nuestro futuro. En esa realidad concreta es asumido por el esquema el "tripode papal": Cristo, la Iglesia, el Hombre. Tras ello, vienen los criterios de evangeli-

zación. Y luego las hondas relaciones de la evangelización con la cultura, con la liberación, con la religiosidad popular, con las ideologías políticas.

De todos los subtemas propuestos, el más combatido fue, evidentemente, el de la visión de la realidad social del continente. Si para unos era una visión y postura peligrosa, horizontalista, sociologista, para otros se trataba de un desafío y un riesgo de quedarse atrás de Medellín y acabar por no decir nada a las concreciones sociales de América Latina. Estas profundas dificultades permanecerán hasta el final de la Conferencia y será este el único capítulo que no logrará en el debate final alcanzar los dos tercios requeridos.

Unánimemente comienza a observarse hoy que los subtemas de cristología y de eclesiología tal cual pasaron al Documento Final, no lograron dar la altura deseada. No así la pastoral de la evangelización, en la que se marcan profundos aciertos o novedades tan hondas como la relación de la evangelización con la cultura.

Dentro de la Conferencia hubo expertos que asesoraron con su consejo y trabajo. Fuera de la Asamblea, pero en Puebla, se hallaban muchos teólogos de la corriente de la liberación. Lo cual no significó en ningún momento que hubiese un "anti-Puebla" o un "Puebla-paralelo". Los teólogos que posiblemente se sintieron excluidos, con razón o sin ella, de las deliberaciones mismas de la Asamblea, no tuvieron conciencia de quedar excluidos de la responsabilidad eclesial que nos es común. Por ello todos se pusieron al servicio de la Conferencia. Los obispos pudieron hacer recurso a sus teólogos, conferir con ellos las posiciones e incluso los textos mismos que se debatían dentro. Por fuera de la Asamblea se trabajó tanto o quizás más que en la Asamblea misma.

El trabajo convergente de unos y de otros dará por resultado una posición de gran equilibrio.

No hay para qué ocultar que Puebla ofreció la imagen real de la Iglesia Latinoamericana. Es una Iglesia dolorosa; constructora de la unidad y fraternidad, pero dentro de la diversidad y aun contradicción de las visiones y posiciones; con hondo sentido pastoral, al que llega no por simples caminos intermedios o como fruto del arreglo y de la concesión, sino de la interior conversión de todos; no autoritaria sino dialogante; no en busca del poder sino del servicio. En Puebla están presentes las tendencias dogmatizantes, verticalistas, conservadoras, no menos que las dialogantes, horizontalistas, innovadoras. Pero no conforman dos Iglesias, sino una sola polivalente y unida en la fraternidad.

Yo ví a obispos de todas las líneas y tendencias sufrir mucho y orar mucho, porque se oró mucho en Puebla. Ellos eran los padres de la Conferencia. Y es que si Medellín posiblemente no tuvo padre sino que fué profético, casi carismático, Puebla tuvo padres con nombre y apellido, no tuvo visos de profetismo o de carismatismo. Trató más bien de ser profundamente reflexivo de las grandes intuiciones de Medellín. Trató de canalizar ese pensamiento para hacerlo operante sobre rieles precisos y definidos. Ese es el espíritu de Puebla. Por ello, Puebla no fue un paso atrás respecto de Medellín, sino adelante, para hacer efectivo a Medellín. Ese es el testimonio unánime, incluso de aquellos que, por hechos justificables o no, se sintieron marginados de la Conferencia y cuyos nombres propios todos los saben. Leonardo Boff, para no citar sino un ejemplo, ha dicho: "Medellín fue el bautismo; Puebla, la confirmación".

Por lo que respecta a la comunicación, habría que anotar que en Medellín hubo sesenta periodistas. En Puebla los periodistas fueron dos mil seiscientos, mucho más que en cualquier Sínodo. Sin duda que muchos llegaron atrídos por el cubrimiento periodístico de la visita papal. Pero para la Conferencia misma son innumerables los periodistas que permanecieron. El interés mundial por la Conferencia hace pensar en el enorme influjo que está llamada a dar a nivel pastoral y teológico la Iglesia de América Latina. De ello fue consciente el mismo Papa, y claramente se refirió a ello en uno de sus discursos. En diez o quince años, la mitad del catolicismo mundial estará en este continente.

Habría que destacar también las rotundas afirmaciones de Puebla acerca de los polos fundamentales de la evangelización, que afirma ser la familia y las comunidades de base. Para mí, aunque esta fuera la única afirmación, esta sería una postura eclesial admirable. Merece resaltarse también el valor que como medio de evangelización se dió a la educación entendida ahora más como educación evangelizadora que como educación liberadora de que habló Medellín, y los medios de comunicación social.

Entre las grandes opciones de la Conferencia hay que destacar su opción por los pobres que son la inmensa mayoría del continente. Porque la Iglesia de América Latina es pobre y es joven, la otra gran opción es por los jóvenes. Igualmente ocupa puesto de preferencia para Puebla la acción con los constructores de la nueva sociedad, en un claro avance sobre Medellín, pues por constructores de la nueva sociedad no se entienden ya las élites, sino el pueblo mismo: los trabajadores, los sindicatos, los profesionales, también los intelectuales.

La aprobación final del documento oficial de la Conferencia se hace por unanimidad, sin ningún voto en contra. Nadie pierde ni nadie gana. Hay unanimidad en favor del documento.

Para ir poniendo fin a esta crónica quiero indicar que el esquema y el documento final presentan sus altos y bajos, los contrastes de las mentalidades. Ello ocurre, por ejemplo, en la parte de evangelización y liberación que es fruto del acuerdo a que llegan un Monseñor Helder Camara por una parte, y un Alfonso López Trujillo, por otra. Falta, en cambio, la

presencia de otras voces, de otras corrientes, de posibles grandes ausentes de Puebla; por ejemplo, extraña que para la confección doctrinal y pastoral acerca de la familia no esté presente para nada el Movimiento Familiar Cristiano hoy tan numéricamente importante en América Latina.

Pero queda en todo una línea pastoral de innegable valor. Para varios participantes de la misma Roma, ese valor pastoral no lo tiene ninguno de los documentos eclesiales modernos.